



TRIBUNA  
JOSÉ MANUEL CEPEDA

## EL REGADÍO, ESENCIAL

«Si fuéramos a hacer la compra y nos encontráramos las despensas vacías, entraríamos, con razón, en pánico»

En la vida hay cosas esenciales y otras que no lo son. Por desgracia, la percepción de lo que es esencial no muchas veces coincide en la vida y en la política. En la política, lo esencial en estos últimos meses antes de que estallara el coronavirus ha sido, por ejemplo, hablar de la independencia de Cataluña, que es básicamente un conflicto inventando por los políticos catalanes que viven de ese conflicto. Si algo de positivo tienen las situaciones de emergencia como la que ahora vivimos, es que de pronto la política se ve ridículamente enfrentada ante sus propias mentiras. ¿Quién se acuerda hoy de los temas que concentran habitualmente la atención de los políticos? Ni ellos mismos. Lo que es esencial se revela con una claridad meridiana para todos y, por una vez, ciudadanos y políticos (salvo casos enfermizos) pensamos en las mismas cosas.

Y lo esencial es por ejemplo saber que podemos ir al supermercado y que allí vamos a encontrar los productos que necesitamos para nuestra alimentación. Si fuéramos a hacer la compra

y nos encontráramos las despensas vacías, entraríamos, con razón, en pánico. Pues bien, la agricultura es el primer eslabón de esa cadena de suministro gracias a la cual hoy estamos confinados en nuestras casas, pero también tranquilos de que cuando salgamos a hacer la compra volveremos con el carrito lleno de los alimentos que necesitamos para nuestra familia. Y en España hasta el 65% de la producción agrícola depende del regadío.

La mayoría de los productos agrícolas que encontramos en nuestros supermercados y fruterías son españoles y la mayoría dependen de la agricultura de riego. Todo el arroz, las frutas y las hortalizas, más de la mitad del aceite, productos esenciales para nuestra alimentación, son productos de nuestro regadío. Toda la agricultura en general, y la agricultura de riego en particular, responsable de dos tercios partes de toda la producción agrícola global, son servicios esenciales para la población y, porque lo son, en esta crisis no pueden cerrar y tienen que seguir funcionando. En las más duras condiciones de confinamiento y paralización de la actividad económica que nos podamos imaginar, lo que nunca podrá hacer el Gobierno es detener la actividad agrícola que depende del riego, del mismo modo que nunca podría cerrar los hospitales.

Quiero decir con todo ello que la agricultura de riego no es solo esencial sino que hay pocas actividades más esenciales que ella. Y si la agricultura de riego es esencial, la garantía de agua para ella también debería serlo y, sin embargo, en España cada vez que se toca ese tema parece que es mucho más importante proteger la más extraña especie de fauna o flora que uno pueda imaginarse que garantizar la disponibilidad de agua para que los agricultores puedan hacer su trabajo y toda la población pueda abastecerse de sus productos. La demagogia impregna todo el debate político, y lo que es esencial resulta completamente relegado en beneficio de lo accesorio, para contento y sustento de esos colectivos que han hecho de lo accesorio su medio de vida.

La agricultura de riego no podría parar aun cuando todo lo demás parase, pero tan olvidado está que es un sector esencial, que las presas y embalses que, después de mil escollos, obstáculos, quejas y demagogias políticas, acaban siendo aprobadas y contempladas en los documentos oficiales de la planificación hidrológica, se llevan años y lustros sin iniciarse y desarrollarse. Es un escándalo, o debería serlo, pero la realidad es que no lo es, y poca gente conoce y se escandaliza de que, por ejemplo, ni una sola de las obras de regulación contempladas en el actual plan hidrológico del Guadalquivir se haya empezado. Y para colmo, se proponen eliminarlas en el actual proceso de revisión de la planificación hidrológica, porque lo mejor es que nos conformemos con las existentes.

Las circunstancias han querido que al regadío la crisis del coronavirus nos coja de lleno en medio de otra crisis, la crisis de la disponibilidad de agua. Salvo un milagro inesperado de lluvias copiosas en esta primavera, nos enfrentaremos a una campaña durísima, de restricciones de agua del entorno del 50%. Y si después de esta campaña, tenemos otro año seco, lo que tendremos es directamente una catástrofe en el sector del regadío. Pero, a pesar de ser tan esenciales, a nadie parece preocuparle ni importarle, a nadie parece importar que el «desarrollo sostenible» no será ni «desarrollo» ni «sostenible» con una agricultura arruinada y una población a merced de la importación de productos agrícolas extranjeros, que habitualmente no cumplen los estándares de sanidad, calidad y protección social de los trabajadores.

Hablamos mucho de cambio climático, pero precisamente aquellos que más lo hacen son los mismos que no se dan cuenta de que si tenemos períodos más prolongados de sequía necesitamos más embalses. Sin agua, la agricultura de riego, esa que nutre de frutas y hortalizas nuestros supermercados, no puede subsistir. Proteger la garantía de agua para la actividad agrícola es proteger la cadena de suministro. Proteger nuestra alimentación y protegernos a todos.

JOSÉ MANUEL CEPEDA ES  
PRESIDENTE DE FERAGUA

